

de estas conexiones. ¿Cuál es fuera de esto el amante, cuyo corazon no trata de esplayarse, y á quien no parece que la comunicacion minora sus penas y dobla sus satisfacciones? El conde manifestó al duque quanto se había prometido y quanto padecía, y este por un motivo que no puedo apurar, pero que en vista de los sucesos actuales, debo atribuir á una combinacion alevosa; este, digo, instó, estrechó é indujo al conde, á que pusiese á su cargo el manejo de aquel negocio, cuyo buen éxito le afianzaba. Soy práctico, decía el duque, en el corazon de las mugeres, que es un laberinto, segun cuentan; pero tengo el hilo con que se anda á pié llano; y aunque reina, al fin vuestra cuñada es de su sexo. En breve, conde, la veréis mas blanda y ménos altanera.

Esta proposicion insolente, que me llena todavía de indignacion, no me

deja contar menudamente las tentativas del duque; baste decir, que engañando á su amigo, y deshonorando al mismo tiempo en mi persona la esposa de su rey, dirigió á favor suyo las tramas infames, de que mi orgullo y mi odio me pusieron á salvo. Apénas tuve evidencia de la avilantez con que el duque ponía en mí sus ojos, no atendiendo sinó á mi enojo y á mi altanería, acudí á querellarme al rey del insulto que se me estaba haciendo. Lo erré, segun he visto despues, y lo estoy experimentando cruelmente en el día. Varias veces había conversado el conde conmigo acerca de sus ardores, sin que yo me agraviase, y aun había acompañado con algun consuelo las jocosidades que al paso se me ofrecían; pero yo no le aborrecía, cuando por el contrario á la vista sola del duque sentía en mí una antipatía insuperable.



Luis XVI, cuya alma afectuosa estaba encubierta con un exterior adusto y un carácter grosero, apenas supo su osadía, se enfureció estremadamente. Todos los medios se le hacían justos para castigar al culpado: ya quería entregarle al rigor de las leyes, y ya imponerle un castigo arbitrario; pero haciéndose cargo de que el delito del duque no era de la incumbencia de ningun tribunal, y demasiado indulgente para castigar como un desafuero premeditado el acaloramiento de las pasiones, se contentó con echarle de la corte, y quitar de mi presencia al imprudente que me había agraviado, desterrándole á Villers-Cotterets.

Un hombre cuerdo ó ménos arrebatado, no hubiera visto en este castigo leve, sinó una prueba de bondad y un camino de arrepentimiento. Pero sea que este lance acelerase el des-

arrollo de los principios viciosos arraigados en su corazón; sea que algunos amigos ambiciosos y cortesanos pérfidos se valiesen de esta proporción, para anticipar el trastorno premeditado muy de antemano, intentado alguna vez, y reprimido siempre por el letargo mismo del Gobierno; ó sea en fin que la Providencia hubiera prefijado esta época para la revolución mas memorable, que se ha ejecutado entre los hombres desde que están en sociedad; en Villers-Cotterets fué donde el duque de Orleans ideó, preparó y juró nuestra ruina.

Desde mediados de este siglo, uno de los mas decantados, los ánimos imbuidos en ciertos escritos, donde se ventilan los derechos del hombre, se fijan las obligaciones de los gobernantes, y se desentrañan todas las dificultades de la ciencia social; los ánimos, repito, manifestaban una deci-



dida inclinacion hacia la libertad. Mi hermano José, que solía decir, que *era realista por oficio*, no estaba léjos de abrazar las nuevas ideas; y si he de confesar la verdad, tampoco me hubieran desagradado, á no haber sido reina. Porqué la teoría de la independencia, tan seductora en las obras de Juan Santiago y de Mably, nada tiene de comun con las sanguinarias acciones de los anarquistas; y porqué, digan lo que gusten los que se paran en la superficie de las cosas sin profundizarlas, nada se amalgama ménos con el jacobinismo que la verdadera filosofía, y únicamente un insensato podría confundir á Marat con Montesquieu.

Sin embargo, lo que contribuyó desde luego para preservarme del contagio del siglo, no fué tanto mi situacion personal, como la que tenía respecto del duque de Orleans. Él iba

escortado de los herederos indignos, ó mas bien de los hijos bastardos del partido filosófico, y yo debía tener á mi lado, como lo hice, los sugetos mas adictos á las opiniones antiguas. Se había él allanado á popularizarse, proclamándose casi defensor de los derechos nacionales, y desde aquel punto mi altanería había ido en aumento, y me horrorizaba la independencia pública: así es que nos prendamos muchas veces de un objeto, ménos por el afecto que le profesamos, que por odio á aquellos que lo menosprecian.

Desde esta época empezó la persecucion, ya patente ó ya encubierta, pero siempre activa, del duque de Orleans contra la persona de mi esposo y contra la mia. Hacía tiempo que habiendo alcanzado del rey el término de su destierro, había vuelto de Villers-Cotterets y se había presentado en la corte, donde traté de recibirle



con agrado. Yo encubría bajo el disfraz de la indiferencia la aversion que me causaba, y él ocultaba, con las apariencias de la oficiosidad, del miramiento y del respeto, el odio que a brigaba contra mí en lo íntimo de su corazón. Este estado de disimulo y de rezelo mutuo se conformaba poco con mi altanería; y así es que prorumpía á las veces sin pensarlo en alguno de aquellos rasgos, que se escapan del interior por la fuerza de la verdad, y que no favoreciendo en nada al duque, los iba recogiendo sin darse por entendido, seguro de hacérmelos pagar algun dia bien caros.

El volcan revolucionario que se iba formando hacía tiempo, empezaba á hervir y á bramar, y tardó poco en verificarse su erupcion; pues manifestándose con el alboroto de Paris del 12 de julio, corrió como un relámpago por toda la Francia. Los ministros

fueron despojados de un despotismo de que abusaban; la autoridad del monarca revivía al parecer enriquecida con todos sus atributos; y vi el instante en que caminando por las hue llas de Richelieu, la asamblea constituyente no había quitado á las instituciones antiguas sus riquezas superfluas, sinó para ponerlas en manos del rey. Pero sean las que fueren las causas de una mutacion tan repentina, nuestro enemigo mortal se valió de ellas, y las empleó en nuestra humillacion y en su encumbramiento.

Los nuevos acontecimientos habían sido en algun modo y á ciertas luces favorables al conde de Artois, pues la necesidad de ir acordes sobre los intereses del reino y de nuestra familia, le ofrecía la proporcion de verme á menudo, y yo lograba una familiaridad que halagaba su pasion sin comprometerme. Pocos dias dejaba de ha-



ber alguna junta secreta en mi cuarto, para deliberar con el rey y algunos vasallos leales sobre la crisis que nos estaba amenazando. El conde, vivo, agudo, pronto de genio y de una imaginacion fecunda, hacia siempre las propuestas mas favorables; y aun por cierta travesura que no podía desagradarme, sabía amenizar la gravedad de las investigaciones políticas con un baño de pasion y de galanteo, que se dirigía á mí, pero que los demas tenían por rasgos naturales de un entendimiento fino y bien cultivado.

Una tarde al salir de la sesion, me entregaron una carta sin firma ni fecha, y de letra desconocida, en la que se me pedía á nombre del duque de Orleans una audiencia secreta y particular. Era sábado, y me espresaban que para dar respuesta afirmativa, saliese el dia siguiente á la tribuna de la capilla con una media luna de brillan-

tes en la cabeza; advirtiéndome, que si se divulgaba la esquila ó su contenido, recaería la venganza de aquella traicion sobre las personas de mi mayor cariño. Iba yo conociendo de qué atentados era capaz el duque para conseguir sus fines; y por mas que me esponga, dije, en concederle su peticion, le he de quitar este pretesto para darme un desconsuelo mortal, y causar al imperio una pérdida irreparable, pues sobre alguno de mis hijos hubiera ido sin duda á descargar la furia de aquel malvado.

Al presentarme en misa con la señal espresada, observé con todo cuidado el rostro del duque, sin que pudiese advertir demostracion alguna que me sirviese de agüero; y viniendo luego á hacerme la corte, segun costumbre, ni por sus miradas, ni por sus ademanes y semblante pude sacar consecuencia alguna.



A la hora señalada llamaron á la última puerta de mi estancia, y me sobrecogió una especie de pasmo, el cual, aunque breve, no me dejó abrir por el pronto. No fué poca mi estrañeza cuando entrando el que llamaba, vi, en vez del duque de Orleans, á la célebre madama de\*\*\*\*\*.

Presentóse con decoro y señorío, bajos los ojos, andando despacio, y guardando un profundo silencio. Estuvo esperando que me sentase, y entre las varias sillas que le señalé, tuvo la modestia de escoger la mas humilde. Rompí luego el silencio, preguntándole los motivos de aquella audiencia, solicitada con tanto empeño y bajo una forma tan estraordinaria; á lo cual me contestó en los términos siguientes.

Si tuviese que hablar con otra muger, y no con V. M., me valdría de aquellos medios artificiosos que realzan

tal vez á quien los emplea, al paso que envilecen al que los motiva. Para conseguir mi intento, acudiría á la adulacion, tan halagüeña en cualquiera boca, y que es irresistible en la de una muger que se pone á elogiar á otra. Encarecería la agudeza, el atractivo y el gracejo de V. M., y alcanzaría por medio de una maña, indecorosa para quien la consiente, una victoria que no quiero deber sinó á la razon. Deje pues V. M. de estrañar los antecedentes y demas circunstancias de este paso, pues he temido aventurar su éxito, si me valía de los medios ordinarios y comunes. V. M. quedará convencida de que nace del concepto sublime, y aun me atrevo á decir, de la entrañable pasion que profeso á vuestra augusta persona.

Antes de esponer á V. M. el plan, que creo ha de merecer su atencion, necesito para desvanecer todo escrú-



pulo, tener presente, que estoy delante de la muger mas célebre de este siglo, imágen viva de la gran María Teresa; para quien el dictado de reina es su menor atributo; cuyo talento y cuyo carácter heroico sobrepujan al resplandor de la corona; y que sin esta hubiera siempre sido la primera muger de nuestros tiempos. Este conjunto de prendas peregrinas me anima á llegar sin zozobra, y ofrecer á V. M. un proyecto, que no puede ménos de admitirlo y apreciarlo dignamente.

V. M. conoce muy bien, y el universo lo repite, que Luis XVI, á cuyas virtudes domésticas todos hacen justicia sin dificultad, es incapaz de manejar las riendas de la administracion pública, pues andan vagando en sus manos débiles, miéntras el carro del Gobierno, arrebatado por caballos desbocados, se despeña con espantosa rapidez por la pendiente de una sima. Conmo-

vido ya el estado por todas partes, ¿qué mano podrá afianzarlo en el momento de un trastorno general, y cuando un vaiven puede causar la ruina de la monarquía entera? ¿Dónde están los grandes que se necesitan para precaver tamaños desastres, y para hacer frente á un peligro tan manifiesto? La esfera política se desploma, y yo no veo los hombros de ningun Atlante para sostenerla.

Pero qué digo, señora? V. M. respira, y mi pais nada tiene que temer. Sí: á V. M. queda reservado el honor de salvar este imperio, y de mi obligacion es el indicaros los medios. Estoy segura de que los tendréis por indispensables, si la sangre de los Césares, aquella sangre soberana y generosa, hierve en vuestro corazon; y no podrán ménos de pareceros justos, puesto que son necesarios.

Si las leyes fundamentales del rei-



no, que la antigüedad hace mas venerables y sagradas, no escluyesen formalmente á las mugeres de la soberanía, diría á V. M. que se sentase en el trono, ciñese la diadema y empuñase el cetro, pues yo respondería en este caso de la obediencia de la Francia. Pero en esta misma nacion, tan versátil y voluble al parecer, las constituciones de la monarquía antigua merecen veneracion, y forman, por decirlo así, la preocupacion provechosa, en que se cimienta la autoridad de los reyes, y se eslabona la sumision de los pueblos; y por tanto para que una muger llegue á ejercer la soberanía, es forzoso que medie entre ella y los pueblos un tercero, aprobado por el consentimiento de estos. Así lo practicaron con tan buena maña y éxito, Fredegunda, Brunequilda, Ana de Baviera, la reina Blanca, Catalina de Médicis, y mas modernamente Ana

de Austria; y así lo prescribe la suerte á Maria Antonieta. — En esto hice un estremecimiento de estrañeza y de sorpresa, y al abrir los labios para contestar á madama de\*\*\*\*\*, me interrumpió con un ademán y con estas palabras: Suplico á V. M. no juzgue de un punto de tanta entidad por una escasa insinuacion, y que se digne oír por estenso sus pormenores.

V. M. no ignora la mucha popularidad del duque de Orleans, adquirida por su llaneza, sus dádivas, y aun sus vicios, pues el apurar su origen no hace al intento. Él la tiene, señora; esto es positivo, y no lo es ménos que quiere utilizarla. Sí: el duque quiere reinar, ó mas bien le persuaden que es preciso que reine; y esto con unas razones muy poderosas, pues le ofrecen el trono ó la muerte. Si no reina, morirá; y que reine ó que muera, sus consejeros reinarán siempre.



Sus allegados aprecian con admiración á V. M., pues vuestra grande alma los avasalla, al paso que la debilidad de vuestro esposo les repugna; y aquí se ve, que la ambicion de los súbditos se fomenta con la flaqueza de los soberanos.

Hace tiempo que el duque os adora, y en este instante se considera dichoso por tener en su mano una corona para rendirla á vuestras plantas. Si la desestimáis, no hay quien se la quite al duque; y aun dado que se la arrebatasen, su partido gobernaría tambien sin la reina.

Este plan grandioso va á ejecutarse inmediatamente: la inflamacion de los ánimos, el apocamiento de la corte, la inaccion del ejército, la debilidad del rey, todo lo está facilitando. Mañana, señora, quinientas mil bocas proclamarán la exaltación del duque y de V. M. al trono, ó bien mañana mis-

mo el duque triunfará solo, y V. M. quedará confundida en la nada. —

Ya madama de\*\*\*\*\* había callado, cuando todavía la estaba yo escuchando. Su avilantez mas que su propuesta había embargado mi natural desenfado, y me hallaba fuera de mí, teniendo mis potencias sobrecogidas de una especie de pasmo. Mil ideas encontradas se atropellaban en mi cabeza, sin que acertase yo á coordinarlas y aclararlas. ¿Qué muger era aquella, que hablaba como reina á la misma reina? de qué carácter venía revestida? ¿quién podía sostener su inaudito arrojo y su poderío anticipado? Estaba oyendo interiormente una voz que respondía á estas preguntas: el alma que acierta á gobernarse, gobierna á las demas, cuando lo intenta: vencer sus pasiones, regir los propios ímpetus, producir las circunstancias ó utilizarlas, encadenar la fortuna y parar



su rueda movable forzando al destino, esto es lo que da derecho para sentarse en el trono, y es reinar en realidad.

Madama de\*\*\*\*\* atribuyendo á su verdadera causa, esto es, al asombro que su extraño arrojó había causado en mi espíritu, el enmudecimiento que yo no acababa de vencer, se valió de él para continuar así su discurso : Estoy descifrando ese silencio y la causa de tanta admiracion : V. M. no puede conciliar el concepto que sin duda acaba de hacer de mi carácter, con el que tenía formado de antemano por mis escritos; y en este cotejo encuentra una suma desigualdad, haciéndosele muy arduo el concebir, que la escritora modesta y la muger ambiciosa puedan ser una misma persona. Señora, pudiera contestar á V. M. que mis libros y mis proyectos son partos de dos facultades diversas, pues los unos salen de mi

entendimiento, y los otros de mi corazon; y que mi pluma sola es religiosa y filosófica, mientras mi alma se abrasa en el vivo fuego de las pasiones. Pudiera en abono de este sistema citar un sinnúmero de hombres célebres, que en sus obras han manifestado ménos los sentimientos de su corazon, que las combinaciones de su espíritu. Así el apocado Corneille espresaba el alma sublime de Cina y de Cornelia, el veraz Moliere retrataba á un tramposo, y el sensible Crebillon presentaba al natural el corazon feroz de Atreo. Pero no quiero profanar con la ficcion la audiencia que he merecido á V. M., ni la hora y el sitio en que se me ha concedido. Confieso pues que he sembrado en mis escritos la semilla de mis costumbres, y que un lector juicioso, sin explicarme ahora mas sobre este asunto, puede sin dificultad descubrirlo. V. M. no ignora que las



almas grandes tienen pasiones vehementes, y que las saben disimular en algunas ocasiones. —

Levantóse; y por mas imprudente que se me hiciese la esposicion de su plan, y por muy temerarias que fuesen sus espresiones, el tono con que las había proferido, me pareció que las suavizaba. Hasta entónces la estuve escuchando con mas aturdimiento que sosiego; pero su última espresion, que tuve por un flechazo dirigido contra mis indiscreciones diarias, me hizo cometer otra nueva. Mi estremo asombro había hecho las veces de la magestad, y madama de\*\*\*\*\* podía mirar mi silencio como efecto del menosprecio; pero la alusion picante con que había concluido, me hizo prorumpir en una esclamacion. No basta? le dije con altivez: ¿lastimaréis mas rato mis oidos con la confesion de vuestros delitos pasados, y con la re-

lacion de los venideros? Si me dejase llevar de mi enojo y de la justicia, no saldríais de este palacio sin recibir el castigo de este desacato; pero quede encubierto bajo mi sumo desprecio, y ya que hermanáis algun decoro con vuestra mucha corrupcion, sirvaos de pena mi respuesta: llevádlas al que os envía, y que estrañe todavía mas mi moderacion que su propia avilantez. — Había yo pronunciado estas palabras con un enfurecimiento tan reconcentrado, que hacía ver bien la falsedad de lo mismo que estaba diciendo. Con un ademan imperioso le señalé la puerta; pero ántes de marcharse retrocedió dos pasos, y mirándome con asombro y compasion me dijo: Venía á poner en vuestras manos el hilo de vuestro destino; y ¿es por ventura culpa mia, si pudiendo formar una tela de los colores mas vistosos, le dais ciertos visos fúnebres?



Quiera Dios que la reflexion desengañe á V. M.; pues mejor enterada de sus propios intereses, hará tambien mas aprecio de este paso mio, y mas justicia á mis intenciones; y entónces tendrá ménos dificultad en conformarse con ellas. —

Salióse, y me dejó batallando con la mas ansiosa incertidumbre. Ya no era una pasion tierna la que lidiaba allá en lo íntimo del corazon con mis obligaciones, sinó la necesidad y la ansia de reinar, que luchaban con los deberes mas sagrados. Y ¿podré yo, sin ser esposa perjura, llenar de afliccion los dias de Luis xvi, encadenarle y envilecerle? ¿Podré, sin ser madre culpable, olvidar y sacrificar el interes, la gloria y la dignidad de mis hijos? Por recibir de manos de un usurpador la corona robada, ¿dejaré de ser una muger criminal? Reina sin fe, madre sin cariño y esposa sin pun-

donor, ¿qué confianza he de pedir, á qué respetos he de aspirar, y qué obediencia he de merecer á un pueblo, que exige tanto mas las virtudes de quien le gobierna, quanto él es el que ménos las practica? Conqué ¿he de hacer olvidar mi origen estrangero, oscureciéndolo con mis delitos? ¿Puedo deshonor así mi linage, y la madre á quien debo la existencia? Pero si por desempeñar mis obligaciones y cumplir con mis juramentos, he de perder la vida; si he de abandonar el trono, y verme privada de mi esposo y de mis hijos; si en premio de mi teson quedo condenada á postrarme avasallada ante un tirano, de quien el nacimiento y las leyes me han hecho soberana.... Quién? yo bajar del trono? no: será preciso que me despeñen. Yo obedecer? ántes morir. Mas ¿por qué arrostrar la muerte y recibirla, cuando está en nuestra mano



el darla? Conspiran contra nosotros? conjurémonos contra los conspiradores, y opongamos la justicia de nuestro partido á la maldad del suyo. Correspondamos con odio al odio y con guerra á la guerra; y si en esta lid honorífica del derecho contra el desenfreno, y de la autoridad contra la rebeldía, el cielo dispone que perezca, á lo ménos moriré con gloria, sepultándome bajo las ruinas de la monarquía.

Calculado ya el ataque de nuestro contrario y combinada la defensa necesaria para contrastarlo, me preparaba á hacer la correspondiente propuesta en el consejo del rey, cuando en la mañana del 4 de octubre de 1789, me notician por una carta la fuga precipitada del conde de Artois, á quien habían intentado asesinar los facinerosos. Con este fracaso se avivó la llama no bien apagada de mi corazón: el a-

mor y el odio se albergaron en él y lo traspasaron, y la ambición y la venganza añadieron sus furiosos impulsos. Ay Dios! ¡qué tormento es traer en el pecho los elementos de las pasiones, que las circunstancias sacan á luz! Qué agitaciones tan violentas! qué deseos tan encontrados! qué arrebatos tan opuestos! Ah! ¡cuán caras se pagan las complacencias de la grandeza! ¡cuántos desvelos se anidan al rededor del trono, y cuán feliz es la suerte del labrador, que acabada su tarea campes- tre, se recoge y manda como un monarca en su pacífica choza!

Llegó el 5 de octubre, día funesto, seguido de otro todavía mas horroroso. Tras una noche fatigosa y desvelada, empezaba á cerrar mis párpados al asomar el alba, y dormía, mientras la cólera embriagaba á todo un pueblo y le inflamaba contra mí; dormía, mientras cien mil chuzos se estaban



afilando para atravesarme el corazon. De improviso me despierta el murmullo sordo y espantoso de la muchedumbre que cercaba el palacio, y en medio del alboroto continuado distinguo las pisadas de los caballos, el estruendo del movimiento de los cañones, el redoble de los tambores, y los alaridos de rabia y muerte, á los cuales se unía el eco fúnebre del toque de rebato. Luego mis sirvientas desgredñadas, sin consuelo y sin aliento, se atropellan en mi cuarto, se arrojan á mis piés, y bañándolos en lágrimas, me suplican y me instan encarecidamente, á que salve mi vida de los golpes que la amenazan. Lo inminente del peligro me infundió un esfuerzo estremado, y dije: Aquí permaneceré, y en mi cama me han de asesinar. — En los brazos del rey y junto á vuestros hijos es donde debéis morir: clamó una voz, que por el acento co-

nocí ser la de madama de\*\*\*\*\*; y era ella misma en efecto. Ninguna alteracion la inmutaba, y al darme este consejo, no parecia sino que estaba intimando una órden. Luego añadió en el mismo tono: La hora de que os hablé, está inmediata, señora: ¿qué pensáis hacer? Morir, exclamé; mirándola con indignacion. — Mal tapada con un simple peinador, corro á la puerta, y encuentro la antecámara llena de hombres armados. Un estremecimiento involuntario me hizo retroceder; madama de\*\*\*\*\* me asió de la mano, y me obligó á seguirla con aquella superioridad que señorea á los hombres y á los acontecimientos. Hizo seña á las filas para que me franqueasen el paso, y me condujo al cuarto de mi esposo, haciéndome pasar por medio de un sinnúmero de gente armada. Así que llegamos á la puerta, serenaos, me dijo, nada se os hará: recapacitad



únicamente, cuán peligroso es el ofender á quien dispone de tantos brazos y de tantas voluntades.

El pormenor de aquella jornada regicida es bien sabido. La historia, como depositaria puntual del testimonio de los contemporáneos, ofrecerá el cuadro grandioso y terrible de un monarca, de una reina, de su familia real y de sus dependientes, arrebatados de su palacio por unos sediciosos, embriagados de furor, de vino y de sangre, que los arrastraban cautivos en su bárbaro triunfo, atropellándolos con mil humillaciones, y ostentando (qué trofeos tan horrendos!) las cabezas sangrientas de sus guardias leales.

Desde entónces todos los acontecimientos mas memorables en la revolucion, por mas que se pretestaba la independenciam del pueblo, no han tenido otro móvil que el encono del du-

que; y así en el que yo le profeso, estoy muy agena de comprender á la muchedumbre que le servía de instrumento. Embelesada y ciega con las promesas engañosas, ha corrido siempre tras una felicidad quimérica, al módo que Ixion se empeñó en abrazar una nube: por mas sanas que hayan sido las intenciones de un corto número de republicanos sabios, la ambicion ha sido muy poderosa, y ha consolidado el despotismo sobre la anarquía. En el momento en que estoy escribiendo esto, la sedicion de los comicios romanos alborota al pueblo, y la tiranía del divan está en el Gobierno. Los tribunales proscriben, las administraciones confiscan, y los dos hombres mas grandes del estado son, Robespierre que sentencia á muerte, y Sanson que la ejecuta.

Terminaré estas noticias con la relacion de una circunstancia, al parecer



leve, pero á la cual atribuyo en parte la esplosion que ha derribado el trono, y acarreado la prision y muerte del monarca que lo ocupaba.

Por mas que correspondiésemos al duque en el encono, la importancia del papel que hacía, y su influjo, nos estaban precisando á encubrirlo; y aun era tal la confianza y la suma bondad del rey, que despues de estar el duque un año en Paris, ya casi había olvidado los resentimientos que tenía contra él. Lo bien que había desempeñado su comision, cuando fué enviado á Lóndres; la especie de sacrificio que al parecer había hecho de madama de\*\*\*\*\*, precisándola á alejarse de Francia; la buena armonía restablecida entre él y su esposa, y las continuas pruebas que nos estaba dando de su afecto; todo en fin persuadió á Luis xvi que había olvidado sus yerros, y que arrepentido sinceramente,

estaba en ánimo de repararlos por medio de una conducta prudente y moderada. En cuanto á mí, como no podía hacerme esta ilusion sobre el interior del duque, estaba muy agena de conformarme con mi esposo en este concepto. En el nuevo porte de nuestro enemigo no veía sinó un cargo mas que hacerle, y para nosotros un riesgo mas inminente. No le hubiera temido tanto, si usase ménos rebozo en su odio, y ménos disimulo en los medios de que se valía para satisfacerlo.

La pesquisa incesante con que acechaba sus acciones el ministro Bertrand, que estaba á mi devocion, confirmaba mis sospechas, y yo me desvelaba en idear medios para alejar de nosotros al que las ocasionaba.

Nuevos síntomas de sedicion se fueron manifestando en varias épocas desde el mes de setiembre de 1791, que



fué cuando el rey aceptó la nueva Constitución, hasta el 20 de junio de 1792, día en que la anarquía se levantó contra el rey, para hollar con su planta destructora su persona y su dignidad; día en que, por una combinación inaudita, se vió el gorro sangriento del desenfreno unido en una misma cabeza con la corona monárquica.

Algunas semanas ántes el rey, queriendo reorganizar la marina casi destruída por el furor revolucionario, hizo una promoción de almirantes; y sea por política ó por justicia, comprendió al duque de Orleans, á quien el ministro de aquel ramo participó su nombramiento. El duque se mostró gozosísimo, y por el conducto del mismo ministro pidió al rey y á mí nos dignásemos admitirle á darnos las gracias. Ya ves que vuelve á buscarnos, dijo Luis XVI alargándome el pliego, y soy de dictámen de que le recibamos

con muestras de aprecio. El agrado es un medio irresistible para las almas que no están empedernidas, y así te encargo trates bien á mi primo.

El día siguiente vino el duque á la hora de la corte; pero cuantos la componían, indignados de verle en un sitio contra el cual estaban persuadidos que no cesaba de conspirar, le hicieron un desaire muy pesado. Se agolparon á su rededor, le estrecharon y apretaron, forzándole á cejar hacia la puerta: pasó luego á mi cuarto, y se repitió la misma escena con circunstancias todavía mas desagradables. Estaba puesta la mesa, y al presentarse el duque, gritaron, que nadie se acercase á ella, como para darle á entender el rezelo de que envenenase sutilmente los manjares. El duque enfurecido se retiró sin haber recibido audiencia, nos atribuyó los sonrojos que los palaciegos le habían hecho, nos ju-



ró de nuevo un odio implacable, y contó con esterminarnos, valiéndose de los instrumentos de venganza que tenía en su mano. Empezó á cumplirlo así en el 20 de junio, y acaba de desempeñar en parte su juramento en el 21 de enero. Prevén, Felipe, tus puñales y afila las cuchillas de tus sayones, pues todavía te quedan cabezas que cortar: el hijo de Luis XVI aun respira, y tú no reinas. »



## NOCHE UNDÉCIMA.



Esta es, dijo la reina despues de la lectura del manuscrito que acabo de extractar, esta es una de las principales causas de la revolucion, y la que mas ha perjudicado á mi persona. Me hago cargo de que en el punto de fermentacion, en que los enciclopedistas y economistas habían puesto los ánimos, era ya imposible que la crisis, de que debía resultar una gran mutacion, no asomase tarde ó temprano, para aclarar los problemas filosóficos que habían dado tanto que discurrir. Pero sin la reunion accidental de la flojedad del rey, de la competencia suscitada entre su hermano y el du-